

UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

NUEVOS DESAFIOS EN DISEÑO AMBIENTAL

POR

Arq. Roberto Bergés Febles

Rector

Octubre, 1989

Santo Domingo

NUEVOS DESAFIOS EN DISEÑO AMBIENTAL

Palabra de apertura a cargo
del Arq. Roberto Bergés Febles,
Rector Magnífico de la Universidad
Nacional Pedro Henríquez --
Ureña, en el Primer Encuentro de
Urbanismo y Arquitectura de las
Antillas, en octubre de 1989.-

Es ya un lugar común repetir incensantemente que nuestro mundo está en crisis. Esta expresión es hartamente utilizada cada vez que se reúne un cónclave de intelectuales o profesionales a intercambiar ideas y experiencias. Lo que quizás no hemos hecho todavía es tratar el fondo mismo de la cuestión ¿Se limitan realmente los problemas de crisis ambiental a los usuales factores demográficos, de transportación, de uso de tierras, de contaminación, del uso adecuado o inadecuado de la tecnología? ¿Somos capaces hoy día de resolver los problemas del medio ambiente con el uso de los recursos actualmente disponibles? ¿O necesitamos quizás de un enfoque totalmente nuevo, totalmente diferente?

Las grandes crisis, los grandes problemas, siempre han sido solucionados con grandes transformaciones. A lo largo de la historia las grandes civilizaciones han respondido al desafío de su tiempo con dramáticas soluciones, producto más bien de cambios radicales en el pensamiento del hombre.

La especie humana constituye una creación única en el mundo biológico. El hombre posee cualidades que lo destacan como un ser "sui generis" en el reino animal. El resto de los animales se integran a su medio ambiente como piezas -- interdependientes de un enorme engranaje ecológico. La supervivencia del más apto significa para ellos esencialmente la adaptación a un complejo de circunstancias geográficas, -- topográficas, climatológicas y ambiental que constituyen su medio de vida y su posible causa de extinción. Así pues, -

Oficina de Patrimonio Cultural

millones de años de evolución han producido en estos seres nada más que una especie de encadenamiento a su medio ambiente, una sentencia de prisión perpetua, o de muerte, en caso de que ese complejo ambiental sufra transformaciones radicales.

El hombre, en cambio, es el gran modelador, el transformador, el dominador de la naturaleza. Es el único ser del mundo biológico que no se halla encadenado a su entorno. Su sensibilidad, su creatividad, su imaginación, su inteligencia, le permiten remodelar su habitat, modificándolo para hacerlo más apto para sostener su existencia y enriquecer su vida. El conjunto, el sistema total de las ideas, mecanismos, recursos, conceptos, técnicas, métodos, costumbres y estructuras que utiliza el hombre para remodelar y dominar su ambiente es lo que hemos dado por llamar cultura, el gran instrumento de nuestra civilización. Es la cultura la que modifica el principio de la supervivencia del más apto en términos de adaptación, a la supervivencia del más apto en términos de inteligencia, civilización y tecnología.

Asimismo, son los cambios culturales los que determinan las grandes transformaciones humanas. El fin de la vida nómada y el comienzo del asentamiento y la agricultura, el advenimiento de la teocracia, el surgimiento de las ciudades-

Oficina de Patrimonio Cultural

estado, la filosofía monoteísta judeo-cristiana, el predominio de la burguesía urbana, la revolución industrial, la era electrónica y de las computadoras, constituyen todos eventos culturales de enorme trascendencia en la historia de la humanidad, que han traído consigo modificaciones sustanciales del estilo de vida y del medio ambiente, así como soluciones adecuadas a los requerimientos y necesidades de sus respectivos momentos históricos. Parece hartamente evidente, pues, que la idea, el concepto, el conocimiento, el sentimiento, son esenciales en la epopeya del hombre y anteceden cronológicamente a la acción.

En lo que a nosotros respecta, es decir, en lo que concierne al campo de los que inciden en el desarrollo de asentamientos humanos y en el diseño ambiental, probablemente la transformación cultural más significativa la encontramos a partir de la época del renacimiento, con el surgimiento de la vida burguesa, de las grandes aglomeraciones urbanas, de la división de labores y del sentido de bienestar colectivo comunitario. Esta época marca el fin del feudalismo rural y el comienzo de la mentalidad urbana. A partir de ese momento histórico, solamente la revolución industrial ha sido capaz de producir grandes transformaciones en el estilo de vida del hombre.

Oficina de Patrimonio Cultural

Ahora bien, veamos en una ojeada rápida las bases conceptuales que han regido el quehacer urbanístico a partir de esa época hasta este momento. Primeramente se debe destacar que el sentido orgánico y la espontaneidad en el trazado urbano característicos del medioevo son sustituidos por una nueva mentalidad racionalista en el renacimiento; el diseño como principio generador de soluciones ambientales se inicia a partir de Miguel Angel, Brunelleschi y otros grandes de esa época inolvidable. Pero la ciudad rompe esos nuevos esquemas con su acelerado desarrollo, y debe imponerse una nueva mentalidad ordenadora que culmina probablemente en el período de las regulaciones en los tiempos de Haussmann. La extraordinaria coherencia visual y monumentalidad de París es producto de este nuevo enfoque. Una vez más, sin embargo, la ciudad rompe los moldes que le quiere imponer el hombre con un crecimiento inusitado y caótico a partir de la revolución industrial. Muchos mecanismos y sistemas se han probado desde entonces, sin resultados definitivos. El pre-diseño total, a lo Chandigarh y Brasilia, ha creado lugares fríos, impersonales, exentos de calidez humana; la renovación urbana, aparente panacea de principios de siglo, ha probado ser demasiado costosa en términos sociales y económicos; la zonificación y los planos reguladores,

Oficina de Patrimonio Cultural

producto de la nueva mentalidad racionalista de nuestro siglo, no pasaron también de ser esperanzas irrealistas, sueños de gabinete. Hoy día, en la era de las computadoras, los urbanistas parecen haberse convertido en grandes cuantificadores, preocupados por un complejo interminable de cifras relacionadas con población en crecimiento, patrones de migración, movimiento vehicular, servicios básicos, densidades de construcción, etc., etc., ad infinitum. La cuantificación y la previsión es vital, según este nuevo enfoque. El Hudson Institute, el Grupo de Roma, el controversial Alfin Toffler con su "shock del futuro", están planēando nuevos y aterradores escenarios en torno al futuro de nuestros asentamientos humanos.

Es evidente, es de rigor, la necesidad de hacer un alto en el camino y plantearnos algunas interrogantes ¿Han valido la pena todos estos enfoques? ¿El desafío de nuestra generación estriba en la búsqueda de mecanismos para satisfacer necesidades de carácter material?

Seríamos altamente presuntuosos si contestásemos negativamente la primera pregunta. Las soluciones planteadas a través de la historia han arrojado sus resultados positivos en sus determinados momentos. Cada época ha respondido a sus problemas con las soluciones que su nivel cultural y sus recursos tecnológicos han podido permitir.

Oficina de Patrimonio Cultural

La cuestión que se nos plantea hoy día, sin embargo, es que la diferencia cuantitativa de los problemas contemporáneos con relación a los de antaño es de tal envergadura, que hemos caído en el error básico de dejarnos llevar por la naturaleza de los problemas, en lugar de responder a ellos en concordancia con la naturaleza del hombre mismo. Nuestra sociedad moderna, positivista, tecnológica, materialista, ha hecho un credo, una fé, una especie de religión, de los valores materiales. Hemos perdido de vista, quizás, que las tres características esenciales que hacen al hombre lo que él es, y que lo distinguen y destacan del resto del mundo biológico, se relacionan más bien con aspectos que nada tienen que ver con lo material... el pensamiento, el conocimiento, y el sentimiento.

Propongo que es quizás debido a este errado enfoque que nuestro mundo actual confronta una crisis de valores y de identidad sin precedentes en la historia, no obstante el gran progreso tecnológico y material de que disfrutamos. Nuestra sociedad de consumo se deteriora y se asfixia precisamente por su exaltación de un conjunto de valores que en el análisis final no satisfacen totalmente la esencia del ser humano, esa misteriosa naturaleza humana que trasciende lo tangible. Propongo igualmente que a largo plazo,

Oficina de Patrimonio Cultural

y en vista de que nuestros afanes cuantitativos nos han hecho soslayar los aspectos cualitativos de nuestra vida, en lugar de dar prioridad a la solución de problemas de carácter puramente material, resulta de naturaleza más vital, más esencial, conservar, proteger y cultivar todos aquellos valores que en conjunto conforman lo que hemos dado por llamar la civilización.

En este sentido, nuestros enfoques cuantitativos adolecen de obvias limitaciones ¿Cómo medir la identidad... la "alienación"? Con qué parámetros podemos evaluar el sentido de pertenecer, de participar? Como podemos cuantificar la convivencia, el sentido comunitario, la consciencia cívica, en fin... la calidad de la vida?

En la medida en que el hombre, a través de la historia, ha respondido a estas fundamentales premisas y se ha reconocido a sí mismo como un ser capaz de trascender la mera lucha banal por la supervivencia física, cultivando su naturaleza espiritual y cognoscitiva, ha podido crear equilibrio, ordenamiento y paz.

Afortunadamente, la carta de Machu-Picchu constituyó un trascendental paso en esta nueva dirección. Quizás por primera vez desde el renacimiento, se coloca nuevamente al hombre en el centro del proceso. Valga señalar solamente,

Oficina de Patrimonio Cultural

como ejemplos, las siguientes contundentes afirmaciones:

"El objetivo del proceso de planeamiento... debe ser el de interpretar y responder a las necesidades humanas", y más importante, "la interacción y la comunicación humana son las razones esenciales para la existencia misma de la ciudad".

Afortunadamente, además, nadie discute ya que debemos tener un "respeto básico por el ambiente natural" y que "es esencial que los esfuerzos para conservar, restaurar y reciclar monumentos arquitectónicos y zonas históricas existentes deben ser integrados al proceso de desarrollo urbano a fin de asegurar su continuada viabilidad y apoyo financiero adecuado", citando nuevamente algunas partes del documento de Machu-Picchu.

Lo que parece hacernos falta aún es toda una actitud cambiante de parte de todos aquellos que de alguna forma inciden en el proceso de desarrollo de nuestros contextos urbanos. Una actitud que refleje no solamente un respeto hacia un paisaje natural, sino además un reconocimiento de la existencia e importancia de un paisaje cultural, que no solamente se limite a reconocer que las necesidades del hombre deben ser la meta prioritaria, sino que además esté claramente consciente que muchas de las necesidades más imperativas

Oficina de Patrimonio Cultural

del hombre se relacionan con aspectos de carácter no material. Una actitud, en fin, que visualice al hombre como una entidad con una necesidad esencial a su naturaleza misma de contar con raíces culturales que lo identifiquen y le den una razón de ser, con ambientes que le permitan expresarse y comunicarse, con un contexto urbano que constituya, más que un lugar para desarrollar sus funciones vitales y proveerse de servicios y bienestar material, una especie de hogar colectivo donde él pueda lograr su auto-realización como ser humano.

Creo que es esta filosofía la que nos debe alentar y servir de guía en nuestros esfuerzos futuros en el campo del diseño ambiental. Nuestros países del área del Caribe, singularmente, tienen una herencia cultural y una idiosincrasia común que les puede permitir, no solamente poner en práctica esta nueva actitud, constituyendo un estupendo ejemplo de humanismo contemporáneo, sino quizás convertirse en vanguardia de un nuevo enfoque cuyo "leitmotiv" podría consistir en el sueño de ese gran visionario, Lewis Mumford, cuando afirmó que "el fundamento de un buen sistema económico no son las toneladas de acero, ni los pozos de petróleo, ni los millones de yardas de tejido que se producen, sino la calidad de los hombres y mujeres que fomentan esa producción, y la bondad, la belleza y la salubridad de las comunidades en que residen".

Oficina de Patrimonio Cultural

Que Dios nos ayude a cumplir esta noble tarea.

Muchas gracias,



ARO. ROBERTO L. BERGES

RLB/jdg